

Buenas tardes a todos:

Primera vez que me toca hacer un discurso. Al menos de esos que ameritan anotarse en un papel.

Como no tengo mucha experiencia en discursos y, como dicen que *le hago al marketing*, me puse a encuestar respecto de qué atributos debiera tener un buen discurso para esta ocasión. Obtuve una amplia mayoría de <No sabe/No contesta>, varios <Que sea corto> y un par <Que sea divertido>. Todo bien, hasta que se me ocurrió encuestar a mi hija y mató con un <Que sea Emotivo>. ¡Ay Eloísa, qué difícil me la pones!

Definitivamente me comprometo a qué sea corto (estoy advertido de las desastrosas consecuencias de demorar el coctel si me paso de mis cinco minutos). Iba a hacer el intento que fuera divertido. El camino más fácil era hablar de futbol, pero como soy de La Católica, esta vez mejor me quedo calladito (paso el aviso si, que la *frutilla mecánica*, equipo de funcionarios del DII, vamos invictos en el torneo de la facultad). Tenía la alternativa también de bromear respecto de la contingencia del departamento, pero me hubiera visto forzado a hablar del proceso de asignación de oficinas del flamante Beauchef 851, así que mejor renunció a este objetivo.

**En lo formal**, parto dando las gracias a toda la gente de docencia, personificada principalmente en Karen y Gaby que hacen que todo funcione casi sin que nos demos cuenta. A Soledad, mi secretaria, que me saca de apuros cuando se me olvida algo. A los profesores que me inspiraron a seguir la carrera académica, muchos de los cuales son ahora mis colegas. A mis ayudantes y auxiliares que llegan semestre a semestre con nuevas ideas y mantienen esa energía irremplazable de los primeros años de docencia y hacen que cada versión sea distinta a la anterior. Por supuesto, al Centro de Estudiantes, que entre el impresionante número de actividades que desarrolla, se da espacio para darle también un lugar a la docencia.

También pido disculpas a aquellos alumnos que no logré motivar con mis clases o para quienes no encontré la forma de ilustrar adecuadamente la importancia de los contenidos que enseñé. Como leo las encuestas docentes, sé que todos los semestres se me van alumnos sintiendo que no soy nada cercano a un buen profesor. Lo siento muchachos, esto también es un continuo aprendizaje.

**No es fácil hacer clases hoy en día.** Los jóvenes están llenos oportunidades de cosas por hacer y proyectos por emprender. En el plano de las ideas hay mucha competencia que nos pone difícil la tarea de convencer a los estudiantes que lo que vengo a decirles es interesante, importante o al menos útil. Además, hay acceso casi ilimitado a libros, artículos y casos. A apuntes de clases. A ejercicios resueltos. A video-tutoriales. A cursos completos en Coursera, Udacity y Khan Academy, que son abiertos,

interactivos, con la capacidad de accederlos a cualquier hora y volver a repasar los contenidos las veces que se quiera.

No tengo nada que se parezca a una receta para hacer clases, pero sí les puedo contar cuáles son las dos motivaciones que trato me orienten cuando entro a la sala de clases.

**Primero** – Me pregunto, qué puedo contarles a los alumnos que no puedan encontrar directamente en un libro de texto o en algún apunte de algún profesor de alguna parte del globo con un CV que triplica el mío. La respuesta, por supuesto, no es nada fácil. Como tengo la suerte de hacer un curso relativamente terminal, he encontrado que algo que funciona es tratar de contar cómo los contenidos teóricos se aplican a ejemplos concretos. Que ojalá sean tan cercanos como sea posible a las vivencias de los estudiantes. Por eso les pregunto insistentemente, *muy* insistentemente a mis alumnos, que qué piensan de lo que estamos discutiendo, cómo lo harían ellos y cómo creen que se podría hacer mejor.

**Segundo** – Reconocer que como todo proceso, el diseño del curso siempre puede ser mejor y, por tanto, trato de estar atento de qué cosas funcionan bien y cuáles no tanto, qué actividades resultan más atractivas y qué ejemplos gatillan más preguntas.

Me queda un minuto y todavía no le pongo nada de emotividad. Me obligo entonces a mencionar que recibo el premio a mejor profesor con cierto pudor. Porque soy hijo de profesor. Pero de esos profesores de verdad. De esos que hacen varias horas de clases seguidas y no tienen tiempo para preparar las clases. De esos que tienen que dictar clases en un colegio por la mañana y otro por la tarde. De esos que tienen que enseñar con recursos limitados salas llenas con estudiantes que típicamente no están ni la mitad de motivados de los que me toca enseñar a mí. De esos que se pueden pasar la vida enseñando y nadie los premia.

Mi hijo mayor termina el colegio este año, por lo que no solo soy hijo de profesor sino que también padre de estudiante. En lo que sigue, espero poder tener el talento de esos profesores de verdad, para poder enseñar cómo me gustaría que les enseñaran a mis hijos.

Muchas gracias